

PARA CONTINUAR EL DIÁLOGO

RAFAEL ALVIRA

Un fenómeno antiguo, pero que ha adquirido proporciones enormes en nuestro tiempo es el de la *basura*. Se entiende por basura aquello que es consecuencia del uso de algo, pero a lo que, en principio, ya no se le ve utilización directa posible. La basura, en sorprendente parecido con el ser humano, “en el suelo nace y al suelo volverá”. Ya etimológicamente ella deriva del latín vulgar y significa “lo barrido”. El medio natural de ella no es ni el aire ni el agua, sino el suelo terráqueo.

Esa es la idea básica y la manera común de entenderla. Una atención más detallada a su realidad nos muestra, en primer lugar, que la basura sigue siendo algo, y que por tanto hemos de contar con ella. Para hacerlo bien, nos hemos de fijar en la naturaleza paradójica y profundamente filosófica de la basura. Si la basura es algo, pero no utilizable, su naturaleza se dignifica de modo extraordinario: sólo lo que tiene valor en sí mismo no es utilizable, no es objeto de uso, sino de veneración.

Nos resulta profundamente extraño que aquello que no es originario, sino resultado, pueda ser venerable. Por tanto, la basura nos

||||||||||||||||

La naturaleza nos ha sido dada, está a nuestro servicio y se recicla sola, nos basta con agradecer a Dios los dones recibidos

pone ante una tarea ineludible: si no queremos convertir los cada vez mayores vertederos en objeto de contemplación, transformándolos así en feos dioses que invaden y arrinconan nuestra vida, hemos de utilizarlos.

En tiempos pasados, el problema era mucho menor. La naturaleza con sorprendente habilidad se encargaba ella sola de reutilizar los detritos. La basura orgánica era abono para las plantas y alimento para animales. Puesto que la naturaleza nos ha sido dada, está a nuestro servicio y se recicla sola, nos basta con agradecer a Dios los dones recibidos y todo terminado. Otra cosa muy distinta es cuando el ser humano comienza a desarrollar la técnica.

En el ejercicio de esta última, tenemos sentimientos encontrados. De un lado, nos sentimos “creadores”, pero al mismo tiempo experimentamos que el resultado de nuestra construcción no es completamente nuestro: hemos “encontrado” la idea. Construimos el objeto, pero para ello nos han sido dados tanto el material como la idea. Cuando aparece el objeto ante los ojos de su autor, éste puede reaccionar en línea subjetiva, y considerarse, en el sentido de la filosofía romántica, un genio, o bien en línea objetiva y asom-

brarse ante el objeto aparecido: el adorable becerro de oro.

Pero tanto el *genio* como el *adorador del producto* tienen que habérselas con la basura. ¿Cómo es posible que un genio realice algo que acaba en basura? ¿Cómo es posible que un becerro de oro pueda convertirse en basura? La basura se convierte así en la pieza que disturba gravemente una cultura en la que ya no se interpreta la técnica como colaboración entre un Dios perfecto y un ser humano imperfecto.

La respuesta en ambos casos ha de ser semejante: prevenir la basura, mejorando la técnica para que no se produzca; reciclarla, para que pueda integrarse en el proceso de utilización humana de la realidad. Y la tarea, que por el momento somos incapaces de cumplir, se acumula como nunca en la historia: basura espacial, basura tecnológica, basura plástica, basura de polución...; aire y agua comienzan a ser, como nunca en la historia, cementerios de basura.

Pero hay más: basura humana (decenas de miles de fetos congelados); basura educativa (millones de niños sin educar de verdad); basura política (hace tiempo que la democracia vive del reciclaje político); basura espiritual (Dios sustituido por el “Progreso”) ●